



CAPUCHINAS
DE LA MADRE DEL DIVINO PASTOR
Bailén, 40 – 08010 Barcelona

Mensaje a los Voluntarios Capuchinos con motivo de la fiesta de la Madre del Divino Pastor



Zahra, niña siria

**“Todos necesitamos que la Divina Madre
nos mire con ojos de misericordia”
(B. José Tous - Circular 1864).**

Al contemplar la imagen de Zahra, esta niña siria que con un cuchillo de plástico transparente quiere cortar la alambrada que le roba la libertad en un campo de refugiados, resuenan con fuerza las palabras del Beato José Tous: **"Todos necesitamos que la Divina Madre nos mire con ojos de misericordia"** (Circular 1864).

La muerte y la resurrección de Cristo no se pueden separar; permítidme que me ubique unos momentos en el Calvario en este tiempo pascual; no en vano, el Evangelio que se proclama en la solemnidad de la Madre del Divino Pastor sitúa a María al pie de la cruz (Jn. 19, 25-27). María acompaña al Buen Pastor, inmolado como Cordero, mostrando al mundo el precio de ser **"el rostro de la misericordia del Padre"** (MV 1).

¿Con qué ojos debía mirar María a su Hijo alzado en la cruz aquel viernes, víspera de la Pascua? Se debían cruzar miradas de misericordia. Debía ver al Hijo ofrecer perdón a sus verdugos: **"Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"** (Lc. 23, 34). Y debió oír de sus labios promesas esperanzadoras: **"Hoy estarás conmigo en el Paraíso"** (Lc. 23, 43). ¡Qué mirada de compasión debía tener el Crucificado hacia el buen ladrón cuando le murmuraba estas palabras!

Aquellos ojos de misericordia de Jesús debían encontrarse con los de su Madre, ambos "aprendices" en el taller del perdón, la misericordia y la ternura del Padre Dios que **"ya sabe lo que nos conviene"** (B. J. Tous, 1868). El uno aprendió desde niño de la ternura y la compasión de su Madre; y Ella aprendió del Hijo a llevar **"hasta el extremo"** (Jn. 13, 1) el amor misericordioso.

Y Jesús le dijo: **"Mujer, ahí tienes a tu hijo"** (Jn. 19, 26). Y la Madre entendió que, desde aquel instante, se convertía en Madre de todos los hombres y mujeres del mundo; también de Zahra, de su padre, de su madre, de los hermanos, de los amigos, de tantos seres humanos, "números" sin rostro ni nombre, que huyen de su tierra sin destino.

Entonces comprendió el significado profundo de las palabras de Jesús de camino hacia el Gólgota: **"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos"** (Lc. 23, 28). Ellas representaban a todas las mujeres de Jerusalén y, por extensión, a todas las madres que lloran por tantos sufrimientos. Aquellas mujeres pensaban en el sufrimiento de Jesús y Jesús, en cambio, pensaba en el dolor futuro de tanta gente. Él nos invitaba a llorar, sobre todo, por quienes no tenían entrañas de compasión, los de aquel momento y los que aparecerían a lo largo de la historia.

Nos debería pesar de una manera desgarradora el drama de tantos refugiados en las costas del Mediterráneo que, huyendo de situaciones de hambre, de guerra y de persecución, huyendo del peligro de muerte, ven cerradas las puertas de Europa. Nos debería pesar, como decía el Papa en México, ver tantos hombres y mujeres, jóvenes y niños explotados por el trabajo, o desesperados, o que acaban destruidos en manos de los traficantes de muerte. Nos debería pesar constatar tantas injusticias que atentan directamente contra el proyecto de Dios para la humanidad.

Nuestro Padre es el Padre de una gran familia, es nuestro Padre. Sabe tener un amor único pero no sabe generar y criar «hijos únicos». Es un Dios que sabe de hogar, de hermandad, de pan partido y compartido. Es el Dios del Padre nuestro no del «padre mío» y «padraostro vuestro» (Homilía en Ecatepec, 14-2-2016).

Y, en la misma homilía, el Papa Francisco nos cuestiona:

“¿Hasta dónde creemos que el cuidado del otro, nuestra preocupación y ocupación por el pan, el nombre y la dignidad de los demás son fuentes de alegría y esperanza?”

Si nos hacemos esta pregunta, estoy segura de que la respuesta irá encaminada a abrirnos al soplo del Espíritu para descubrir cómo avanzar en el sincero compromiso por la justicia y la promoción humana de nuestros pueblos, a través de la personal exigencia de oración y de donación a los otros.

María es la Madre que nos consuela siempre, porque siempre nos acoge en su regazo y en su corazón. ¡Siempre está presente! Y todos necesitamos el espejo de sus ojos compasivos y tiernos para aprender el camino de los ***“felices por ser misericordiosos porque alcanzarán misericordia”*** (cf. Mt. 5, 7). Arropados por Ella, dejémonos interpelar por la urgencia de una opción cada vez más comprometida en bien de los pobres y de las "periferias" de nuestros hermanos.

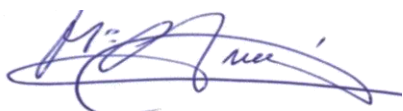
Y, desde este trabajo comprometido, desde el testimonio de cada uno entregando la vida día a día en las tareas más sencillas y desde la unión con la Virgen por la oración continua podremos soñar, como el Papa Francisco, en un mundo nuevo:

“En cada uno de nosotros anida y vive ese sueño de Dios que en cada Pascua, en cada Eucaristía lo volvemos a celebrar: somos hijos de Dios (...) Donde no haya necesidad de emigrar para soñar; donde no haya necesidad de ser explotado para trabajar; donde no haya necesidad de hacer de la desesperación y la pobreza de muchos el oportunismo de unos pocos. Una tierra que no tenga que llorar a hombres y mujeres, a jóvenes y niños...” (Ángelus en Ecatepec, 14-2-2016).

Acojámonos a la Madre del Buen Pastor al pie de la cruz donde, en medio de un viento furioso del NO de la infidelidad por parte de muchos, reafirmó su SÍ rotundo. Allí Ella y el Hijo, fundidos en una mirada encendida de fe y de esperanza, oraban: ***“por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando”*** (Salmo 5, 4). Y sus ojos centelleaban, se confiaban, se hablaban y se entendían desde el corazón. Preludio de la luz pascual. Allí abrazaban a Zahra y a todas las "causas perdidas" de la humanidad. Él las redimía y la Madre se hacía intercesora por los siglos de los siglos. Roguemos confiadamente por todos ellos.

Pidámosle que nuestros ojos sepan expresar una mirada tierna y misericordiosa para con todos en el servicio que nos ha sido encomendado y, a la vez, que nuestros gestos y actitudes sean coherentes con este deseo. **¡FELIZ FIESTA DE NUESTRA MADRE!**

Un abrazo fraterno de vuestra hermana,



M^a Carme Brunsó Fageda
Superiora General

Barcelona, 9 de abril de 2016